



## DON DIEGO DE PEÑALOSA, Y DOÑA MARIA LEONARDA.

*Verdadera relacion, en la qual se refieren los amorosos sucesos de estos dos finos amantes: se da cuenta, como el padre, porque no se casase con él, la llevó á un monte, y se la dejó amarrada á un árbol; con lo demás que verá el curioso.*

### PRIMERA PARTE.



**R**ompa la vaga region ese elemento que manda lenguas al clarin sonóro, que siempre es voz de la fama; y el éco de su armonía con alegres consonancias á climas estraños llegue, para que notorio haga el mas singular suceso, la historia mas celebrada, que se ha oido ni se ha visto, ni escriben plumas humanas. Y porque en duda no quede,

es preciso declararla: para lo cual pido y ruego su favor, auxilio y gracia, á la Virgen del Pilar, Madre de Dios soberana. En la ilustre Zaragoza, á quien del Ebro las aguas bañan con claros raudales sus invencibles murallas, en donde la Virgen pura nuestra Madre y abogada, que es la Virgen del Pilar, tiene su angélica casa,

pues se apareció gloriosa  
en esta lucida patria  
á nuestro patron Santiago,  
diciendo que le labrara  
su casa de adoracion,  
en donde la veneráran,  
para que allí esta Señora  
sus maravillas obrara.  
En fin en esta ciudad  
que de jo ya mencionada,  
vivía un gran caballero  
de esclarecida prosapia,  
y noble genealogía,  
llamado Don Juan de Lara,  
con su muy querida esposa  
Doña María Leonarda,  
los cuales en dulce union  
se querían y estimaban:  
De este feliz matrimonio  
el cielo les hizo gracia  
en darles por hija un ángel,  
de las mugeres la gala,  
que por su grande belleza  
y perfecciones tan raras,  
era hechizo de las diosas,  
y de Flora semejanza.  
Que si Venus mereció  
aquella hermosa manzana  
que se apareció en la mesa  
donde las Diosas estaban;  
tambien esta hermosa niña  
mereció que la adoraran  
los ilustres caballeros  
de mas bizartía y fama.  
Llamábase esta señora  
Doña María Leonarda,  
que le pusieron el mismo  
nombre de su madre amada.  
Criáronla con regalo,  
con muchas joyas y galas,

asistida de doncellas,  
que la traían en palmas,  
dándole gusto sus padres  
siempre en lo que deseaba.  
Así que llegó á cumplir  
en su dulce y tierna infancia  
quince abriles su belleza,  
la pretendieron con ansia  
los mas nobles caballeros,  
y desvelados andaban,  
siendo lince de sus rejas;  
como de su calle guardas,  
ofreciéndose rendidos  
con voluntad á sus plantas,  
cantándole muchos versos  
y primorosas tonadas.  
Mas era tal su esquivez,  
que á todos los despreciaba,  
mostrándose mas cruel,  
cuanto mas la laureaban.  
Pero con mayor empeño  
entre todos se señala  
con amorosos extremos  
un caballero que llaman  
Don Diego de Peñalosa,  
y fue tanto, que se agrada  
esta bellísima perla:  
pues dejando el ser ingrata,  
correspondió á sus finezas,  
y de secreto se hablaban.  
El uno al otro se dieron  
de casamiento palabra:  
y estando para pedirla  
á sus padres, lo dilata  
por ciertos inconvenientes,  
y cosas que precisaban.  
A cuyo tiempo otro amante,  
pretendiente de esta dama,  
que era Don Martin de Soria,  
caballero de importancia,

se anticipó, y á sus padres  
la pidió con vivas ansias,  
haciéndoles mil ofertas,  
y prometiendo dotarla  
en cincuenta mil escudos,  
y otras prendas vinculadas.  
Discurriendo pues Don Juan,  
seria cosa acertada,  
se la ofreció con testigos  
debajo de su palabra;  
y Don Martin muy contento,  
viendo que sus esperanzas  
llevaban buenos principios  
para lo que deseaba,  
se despidió muy contento,  
y Don Juan se fue á su casa.  
Llamó á su hija y le dijo  
con amorosas palabras:  
has de saber hija mia,  
como te tengo tratada  
de casar con Don Martin  
de Soria, y le tengo dada  
la palabra con testigos,  
y en ello no ha de haber falta.  
Respondió Doña María  
resuelta y determinada,  
diciéndole: padre mio,  
no importa aquea palabra,  
porque sin saber mi gusto,  
no obliga á cumplirse en nada,  
pues no siendo yo gustosa,  
será fuerza quebrantarla.  
Don Diego de Peñalosa  
es quien conmigo se casa;  
y si llega él á saber  
lo que con Don Martin pasa,  
será cosa de quitarle  
la vida sin mas tardanza.  
Conque así para evitar  
la resulta de esta causa,

despídase á Don Martin,  
antes hoy que no mañana,  
que con él no he de casarme  
aunque pedazos me hagan.  
El padre todo encendido  
en ira, cólera y rabia,  
ha dicho: cómo, traidora,  
respondes tan demasiada?  
pues no miras que es un pobre?  
Y ella entonces replicaba:  
por eso yo que soy rica  
le supliré aquesta falta.  
Viendo Don Juan que su hija  
con razones no se ablanda,  
la encerró en un cuarto sola,  
sin quererle dar ni aun agua.  
Túvola allí un dia entero,  
luego á la noche la saca,  
y llevándola á la mesa,  
á su lado la sentaba,  
diciendo: querida hija,  
por Dios el gusto me hagas  
de admitir á Don Martin,  
que lo estimaré en el alma.  
No quieras, hija querida,  
no permitas prenda amada,  
que quede yo desayrado,  
por faltar á mi palabra;  
porque como falte á ella,  
mis congojas serán tantas,  
que muera de pesadumbre,  
solamente por tu causa.  
Respondió Doña María:  
porfias son escusadas,  
señor, que esa pesadumbre  
usted es quien quiere buscarla,  
porque yo no se la busco,  
ni tal cosa imaginára,  
que á Don Martin aborrezco,  
sin que otra novedad haya.

Esto que ha oído Don Juan,  
sacó un puñal de la bayna,  
y al tiempo de ir á tirarle,  
llegó su esposa y lo abraza,  
poniéndosele delante  
las doncellas y criadas.

Huyendo salió la hija,  
y él dijo: traidora, anda,  
que te juro por quien soy,  
de hacer una accion tan rara,  
que ni Don Martin te lleve,  
ni Peñalosa te valga.

Así pasó aquella noche,  
discurriendo modo y traza  
de reducir á su hija  
á hacer lo que le mandaba.

Discurrió una tiranía,  
la crueldad mas inhumana  
que se ha visto ni se ha oído  
en todo quanto el sol baña.

Y fue llevarla á unos montes,  
en un árbol amarrarla,  
y si así no se conviene,  
dejársela allí ó matarla.

Lo puso en egecucion,  
y antes de romper el alba,  
de su casa la sacó  
en un caballo á las ancas,  
diciéndole que á un convento  
marchaba á depositarla.

Por fin se metió en los montes  
por cerros y por cañadas,  
hasta que en el mas oculto  
sitio que le acomodaba  
por lo espeso de los robles,  
pinos, encinas y jaras,  
se desmontó del caballo,  
y en un árbol amarrada,  
la dejó muy afligida,

y él luego se retiraba.

Seatóse sobre una peña,  
para que un rato pasára,  
y volver á requirirla,  
á ver qué razon le daba.

Pero se quedó dormido,  
sin que á despertar llegára,  
hasta que la luz del dia  
cubria la obscura capa  
de las funestas tinieblas,  
de la noche sombras pardas.

Despertó despavorido,  
y yendo luego á buscarla,  
ó por permission del cielo,  
ó por su fortuna infausta,  
no pudo encontrar el árbol  
donde la dejó amarrada.

Aquí fueron los lamentos,  
los llantos y las plegarias  
que este caballero hacia  
á Dios por su hija amada,  
viendo que por diligencias  
que hacia, no la encontraba,  
y aunque queria dar voces,  
no podia pronunciarlas;  
porque el grande sentimiento  
y pena que le cercaba,  
con el dolor los sentidos  
y las voces le embargaban.

Pues cómo se encontraria  
aquella hermosa Diana,  
amarrada en aquel tronco,  
cercada de penas tantas,  
que para perder la vida  
poco á los dos les faltaba!

En donde los dejaremos  
entre congojas y ansias;  
y en otra segunda parte  
diré lo demás que falta.

F I N.



DON DIEGO DE PEÑALOSA,  
Y DOÑA MARIA LEONARDA.

SEGUNDA PARTE:

*En la cual se da fin á los amorosos sucesos de estos dos firmos amantes: y como Don Diego encontró á Doña Maria en el monte, donde la dejó su padre amarrada á un árbol; con todo lo demás que verá el curioso lector.*

Supuesto que prometí dar finiquito á esta historia, escúhenme atentamente, mientras que mi lengua entona en concertados acentos esta noticia pasmosa. Ya dije como en el monte entre angustias y conjas amarrada en aquel árbol quedó aquella blanca rosa,

y su padre la buscaba todo lleno de zozobras; y no pudiendo encontrarla, á sí mismo se desdora. Reconociendo su yerro, el puñal á veces toma para quitarse la vida, sin tener misericordia de sí mismo, pues ha usado una accion tan rigorosa;

mas la detenía el brazo  
la pasión tan amorosa  
de su hija, que la siente  
mas que su misma persona,  
y vivo puede buscarla,  
que muerto era cosa impropia.  
Estando en estos conceptos,  
los candores de la aurora  
venían señoreando,  
y rociaban las alfombras  
floridas, para que Apolo  
batiese con su carroza  
las funestas lobregueces  
de la noche tenebrosa.  
Y así que amaneció el día,  
de nuevo á buscarla torna;  
pero no pudo encontrarla,  
por mas que con cuidadosas  
diligencias registraba  
las mas secretas alcobas.  
Perdida ya la paciencia,  
y las esperanzas todas,  
á su casa dió la vuelta,  
y á su muy querida esposa  
llorando le refería  
su desgracia lastimosa;  
la cual se enagena en llanto,  
siendo tantas las congojas,  
las angustias y fatigas  
de aquella noble señora,  
pues perdida contemplaba  
del alma la mejor joya,  
que no hay lengua que las diga.  
Todos en fin se alborotan,  
parientes y conocidos,  
y aquella vecindad toda.  
Y sin detenerse un punto,  
convocan luego á la hora  
veinte hombres que la busquen  
con prontitud presurosa.

Con ellos fue Don Martin,  
por cabo de aquella escolta;  
Don Juan de Lara lloraba  
su pérdida lastimosa,  
pues como obró sin consejo,  
ciego de su pasión loca,  
desdoro de su prudencia  
fue pérdida tan costosa.  
Mas así como salieron,  
Doña María su esposa  
tomó papel, puma y tinta,  
y escribió de aquesta forma:  
sabrà usted, muy Señor mio,  
Don Diego de Peñalosa,  
como en mi casa sucede  
la desgracia mas penosa,  
que se ha oido ni se ha visto  
en cuanto el orbe corona.  
Y fue el caso sucedido,  
que ayer Don Martin de Soria  
á mi esposo le pidió  
á mi hija por esposa;  
y sin saber su dictamen,  
se la ofreció, y ella airosa,  
por reservar vuestro amor,  
y vuestra voluntad propia,  
contradijo la palabra  
de su padre, y con furiosa  
rabia la tuvo encerrada,  
y cuando á la estancia torna,  
hallándola mas constante,  
furioso un cuchillo toma,  
que fue milagro librarla  
de sus manos, y con loca  
osadía la llevó:  
á unos montes, y con sogas  
allí la dejó amarrada,  
por una amenaza sola;  
y cuando volvió á buscarla,  
ya no halló de ella memoria.

Yo discurro que sin duda  
las fieras devoradoras  
le habrán quitado la vida.  
Vuesamerced la socorra,  
y de su parte precure  
buscarla pues que le toca.  
Ya no puedo escribir mas,  
porque las letras se borran  
con el agua de mis ojos,  
por estar tan lastimosa.  
Con esto cerró el villete,  
manda á una criada pronta,  
vaya á buscar á Don Diego,  
y se lo dió en mano propia.  
El cual habiendo leído  
lo que las letras mencionan,  
con grande dolor exclama:  
ya se acabaron mis glorias,  
ya no he menester las galas,  
ya las riquezas me sobran;  
para qué quiero la vida,  
si me ha de ser enojosa?  
No sea yo desde hoy  
Don Diego de Peñalosa,  
si de este lance no salgo  
con mucho lauro y con honra.  
Como mi adorada prenda  
no parezca, cual leona,  
á quien roban los hijuelos,  
seré en venganza asombrosas  
y cuantos la causa han sido  
de esta accion indecorosa  
que con mi dueño ha pasado,  
verán su última hora,  
y Don Martin el primero,  
para que el mundo conozca  
el valor de un fino amante,  
que justa venganza toma  
de cuantos se le han opuesto  
á su pretencion honrosa.

Con arrogancia esto dijo;  
y mudándose de ropa,  
tomó un trabuco y un frasco,  
junto con cuatro pistolas,  
y con grande sentimiento  
dijo: á Dios, madre y señora,  
á Dios, hermanos y hermanas,  
á Dios, mis doncellas todas,  
á Dios, parientes y amigos,  
á Dios, reyna poderosa  
Virgen santa del Pilar,  
abogada y protectora  
de todos los pecadores,  
que afligidos os invocan:  
en vuestro amparo fiado,  
hoy salgo de Zaragoza,  
y he de conseguir mi empresa,  
siendo vos mi valedora;  
amparadme gran Princesa,  
invicta siempre Belona.  
Entrando pues por los montes,  
en la espesura se engolfa,  
registrando sus malezas,  
y encuentra á distancia corta  
con Don Martin, y al instante  
le disparó una pistola  
con dos encendidas balas;  
le estró el tiro por la boca,  
y se lo dejó allí muerto  
sobre las verdes alfombras,  
sin ser oído ni visto  
de ninguno de su tropa.  
En esta razon serian  
de la tarde las seis horas,  
y el sol iba retirando  
al occidente su antorcha,  
y con la noche venia  
el pavellon de Latona,  
cuando oyó á lo lejos voces,  
tan sentidas, tan quejosas,



tan tristes, tan delicadas,  
que el corazon le aprisionan,  
y decian: Virgen pura  
del Pilar de Zaragoza,  
pues Madre sois de afligidos,  
de tristes consoladora,  
amparadme; Madre mia,  
en esta última hora,  
y alcanzad de vuestro hijo  
para mi alma la gloria.  
Sobresaltado y confuso,  
y con priesa muy celosa,  
rompiendo por la maleza  
cuanto le impide y estorva,  
fue llegando por los ecos  
donde estaba la señora  
toda anegada en suspiros,  
cu jada toda la ropa  
de las perlas de sus ojos  
vertian con mucha copia.  
Y llegándose mas cerca,  
le dijo: blanca paloma;  
ten ánimo, dueño mio,  
que mi fortuna dichosa  
á tus plantas me ha traído  
para aliviar tus congojas.  
Entonces abrió los ojos,  
y dijo mas animosa:  
es ilusion lo que miro,  
ó es, Don Diego, tu persona?  
No es ilusion (le responde)  
mi bien, mi vida y mi gloria,  
que estoy sintiendo tus males  
en mí con el alma toda,  
aun mas que si fueran míos,  
pues soy el que mas te adora.  
Cortóle todos los lazos  
que oprimian su persona,

y en brazos la fue sacando  
de aquella espesura tosca,  
hasta que llegó á una quinta,  
donde su caballo toma,  
y con su prenda querida  
entró alegre en Zaragoza,  
y á la casa de sus padres  
la llevó con mucha honra.  
Al propio tiempo venian  
Don Juan de Lara y su tropa,  
mas tristes que cuando fueron,  
aumentando su congoja,  
que á Don Martin traen muerto,  
pues en el monte lo encuentran,  
sin saber quien le mató,  
ni de ello hubiese memoria.  
Luego que reconocieron  
los padres á su hija hermosa,  
á Don Diego lo abrazaron  
con acciones cariñosas;  
y de todos á una voz  
vítores y aplausos logran.  
Al cabo de pocos dias  
se celebraron las bodas,  
y vivieron muy gustosos  
Don Diego y su prenda hermosa,  
dándole á Dios muchas gracias,  
y á la Reyna poderosa  
purísima y sacra Virgen  
del Pilar de Zaragoza.  
Y ahora José Francisco  
dátole fin á esta historia,  
concluye la relacion  
nueva, admirable y curiosa,  
en que pueden los amantes  
habilitarse en la norma  
que han de tener para amar  
la que por muger escojan.

F. I.

*Valencia: por la Hija de Agustín Laborda, en la Bolsería, año 1822.*

